

El Catulo de *Los Idus de Marzo*: un límite que al separar, reúne.

Departamento de Estudios Literarios
Ricardo Castillo.

La novela de Thornton Wilder, *Los idus de Marzo*¹, relata los últimos meses de la vida de Julio César, en el año 62 a. C. Más que una reconstrucción histórica, se trata, según su autor, de una ficción “sobre determinados hechos y personas pertenecientes a los días postreros de la República Romana”. Así pues, no es propiamente una novela histórica o una biografía novelada, sino la escritura de un relato alegórico que, fundado en un hecho histórico, se orienta hacia la soberanía literaria para fraguar una reflexión acerca de la condición humana². La novela está construida de manera polifónica e incluye diversos géneros del discurso literario. El relato se arma mediante material apócrifo documental que va desde cartas, diarios personales, reportes de policía y apuntes de libros históricos, hasta poemas, sátiras teatrales y aun predicciones escritas, sustentadas en el estado de las entrañas de las aves.

Los idus de Marzo logra, por medio del fragmento que la versión parcial de cada texto representa, la ilación de un relato contado desde el punto de vista de diferentes narradores. En cada uno de ellos se asoma como telón de fondo, casi protagonista, la vida cotidiana de los ciudadanos romanos de aquellos días. La obra, cuyo eje central es el asesinato de Julio César, no obstante simular un procedimiento histórico documental, renuncia al puro apego a los datos reales y rompe la solidez histórica de su proceder, al prolongar la vida de algunos personajes más allá de la historia documentada.

La historia de Julio César, de Catulo y Clodia, reside en las páginas de un discurso que no es el del historiador, ya que su autor prefirió abandonar el camino de la consistencia cronológica y recurrir a la ficción para incorporar la experiencia humana de los personajes a un concepto de verdad histórica más amplio, que sólo podría ser representado por medio de la recreación de la mentalidad de los ciudadanos romanos en los días finales de Julio César y de la participación activa del lector.

Sin embargo no es la verdad histórica ni sus relaciones con la literatura lo que ahora nos ocupa, sino precisamente su fractura. La obra nos interesa en tanto que uno de los personajes que fractura el discurso histórico es el poeta Catulo. No es el único personaje que ya habría muerto al comenzar el relato, pero sí el que más incide en la obra por colocar, provocando la aparición de la

¹ Wilder, Thornton. *Los Idus de Marzo*. Alianza Emecé, México, 1989.

² Informa Wilder en un pequeño prefacio que la novela está dividida en cuatro Libros. En cada uno de ellos se dan los acontecimientos en orden aproximadamente cronológico. Los del Libro I abarcan el mes de septiembre del año 45 a. C. El Libro II, que contiene el material concerniente al estudio de César sobre la naturaleza del amor, comienza antes y atraviesa todo septiembre y todo octubre. El Libro III, que trata esencialmente de la religión, se inicia todavía antes y se prolonga a lo largo del otoño, para terminar con las ceremonias de la Bona Dea, en el mes de diciembre. El Libro IV, que compendia todos los aspectos de la meditación de César, particularmente los relativos a su propia persona en cuanto posible instrumento del «destino», empieza con los primeros documentos del volumen y termina con su asesinato. Todos los documentos contenidos en esta obra son fruto de la imaginación del autor, excepto los poemas de Catulo y la página final, extraída de las *Vidas de los Césares*, de Suetonio.

poesía, el sentido último de los acontecimientos de la historia, hasta llegar incluso a contaminar la organización misma del material documental apócrifo.

El material está dividido, como se consigna en la nota anterior, en cuatro libros, implicando un movimiento cronológico concéntrico y expansivo a la vez. En cada uno de ellos, con excepción del primero que es propiamente un inicio rebasado, los acontecimientos desbordan cronológicamente los del libro anterior, desplazándose el segundo y tercer libro cada vez más hacia el pasado y hacia el futuro. De modo que el inicio en términos de tiempo lineal, histórico, se encontraría al comienzo del libro tercero. Esto se debe a que el libro cuatro abarca – y envuelve desde el libro uno hasta los documentos finales de la obra en su conjunto.

Observar la organización del material implica que esta novela de tema histórico, escoge para sí misma una representación del tiempo que es ajena a las determinantes temporales del discurso histórico, aproximándose al discurso poético, puesto que la forma de dividir los libros hace que la novela construya, literalmente, un movimiento temporal que hace coexistir la sucesión y lo simultáneo. Lo continuo y lo discontinuo. El tiempo mítico de la poesía aparece a fin de cuentas como un inadvertido trasfondo omnipresente que en última instancia habrá de construir y reconstruir el relato.

Lo que interesa a nuestro propósito es el hecho de que la novela incluye un personaje, poeta y hombre que escribió y habitó históricamente en Roma, pero que dentro de los días expresamente fechados en la novela, se mueve por necesidad en los márgenes de una ficción histórica. Thornton Wilder advierte al lector, en las únicas páginas que el autor firma como tal, que Catulo no tiene consistencia dentro del tiempo histórico de la novela. El poeta habría muerto tiempo atrás.

El personaje de Catulo se origina como una excepción dentro de un relato que de manera contradictoria se basa con frecuencia en la historia documentada. Así Catulo pertenece a un relato al que, según las fuentes históricas, no puede pertenecer. Por otra parte Catulo siendo poeta se encuentra en las páginas de una novela fragmentada en diversos géneros de discurso literario a los que no puede pertenecer como poeta, y sólo de manera ocasional se le encontrará en las líneas de un poema; sin embargo, resulta por demás significativo que sea él uno de los dos únicos personajes que son autores reales de los textos que les son atribuidos en la novela.

Algunos de los poemas de Catulo junto con el documento final de la novela, extraído de la *Vida de los Césares*, de Suetonio, escrito probablemente 65 años más tarde que el desenlace de la novela, son los únicos documentos históricos reales. Esto es decir que los únicos textos no apócrifos se deben a un personaje que murió antes de los acontecimientos que la novela relata y a otro que nació después.

Siendo así, la escritura auténticamente histórica, los únicos documentos reales dentro de la novela, están situados antes y después de los hechos históricos que la novela aborda. Por su parte la escritura apócrifa de Wilder vendría a ocupar un lugar, un intersticio entre el antes y el después de los aludidos documentos reales de Catulo y Suetonio. Ahora bien, aunque por lo general lo que está entre el pasado y el futuro puede ser definido como presente, en el caso de esta novela apócrifa el intersticio entre el antes y el después, remite más que hacia una noción de presente, hacia una clausura de la duración en la que antes, ahora y después coexisten.

Catulo es pues en la novela un personaje que está dentro y fuera de la historia, dentro y fuera de su género de discurso (o territorio): la poesía. Catulo: excepción y extranjería. Ese que, por su naturaleza, está imposibilitado a pertenecer a un lugar por entero, un personaje que está inevitablemente destinado a dislocar el tiempo histórico. Pareciera que el poeta veronés tiene la

función de introducir en la novela a un personaje capaz de echar a andar una encarnación del “Viejo Estilo Romano”, para poder enfrentar y confrontar la complicada crisis social, política y religiosa al final de la República romana, presidida por las reformas y la manipulación política de los rituales que desembocará, entre otras cosas, en la divinización de los Césares.

Catulo está dividido, viviendo entre el amor y el odio, entre la atracción y el rechazo que siente por Clodia y César. El amor y el odio por una mujer que, según él, se rehusa a reconocer y asumir su naturaleza divina. Y la atracción y el rechazo que le inspira el Dictador, el hombre Dios. Al mismo tiempo Catulo es también el personaje que a través de la paradoja de no pertenecer enteramente ni a la historia, ni al género del discurso, ni a el amor, ni al odio en el que se debate la época, llega a aportar un sentido que a pesar de los infaustos acontecimientos, pone en su lugar un asunto que permea en la novela todas las reflexiones concernientes a la condición humana: las relaciones entre lo humano y lo divino.

Este trabajo se detendrá en un conjunto de documentos contenidos en la novela y su selección y comentarios están orientados a situar la participación de Catulo en el contexto de la novela, así como a señalar su condición de personaje presidido por la excepción y la falta de pertenencia al mundo que habita. Finalmente se tiene la expectativa de señalar cómo, a través de cumplir su destino de poeta, y en contra de su propio bienestar, el personaje termina aportando un significado ulterior a los acontecimientos, restituyéndolos así sea por un instante, a un orden primigenio en el cual se reflejan las correspondencias entre lo humano y lo divino, haciéndolo aparecer, según nuestra lectura, como el límite (lugar) en el que se verifica el abrazo fugaz de toda separación entre la historia y la poesía.

II. Julio César: la canción que está en todos los labios me llama “padre”

La novela se desarrolla en una etapa de cambios vertiginosos, después de las imponentes campañas de Julio César en Hispania, las Galias, Colonia y Egipto. En este momento César ha superado la conspiración de Pompeyo y los conservadores. Ha regresado vencedor y como dueño absoluto de Roma inicia entonces una intensa tarea de reforma. Contra una oposición poderosa incrementa el número de senadores, instituye reparto de tierras, amplía los derechos de ciudadanía, suprime la tortura y, lo que nos interesa particularmente en la lectura de la novela, introduce cambios en el calendario “para que nuestros días se regulen mediante una provechosa adaptación a los movimientos del sol y la luna”.

Esta última reforma articula de manera clave todos los asuntos de la novela y condensa la etapa histórica de la novela como un momento en el que se está gestando un fuerte cambio en la concepción del individuo, en la que gradualmente éste se irá desprendiendo de la tutela de los dioses y las ceremonias al viejo estilo romano. Una etapa donde el individuo está viendo crecer sus derechos y creencias, haciéndolo cambiar drásticamente sus relaciones con los dioses y con la forma de percibir el mundo en general.

El diario epistolar de Julio César dirigido a su gran amigo Lucio Mamilio Turrino, nos dibuja la contraparte del hombre de acción, revelando a un ser reflexivo, amigo de la poesía y la filosofía, convencido de poseer un gran destino que cumplir y al que se niega someter a las costumbres y creencias de su tiempo. Delineado como un libre pensador se muestra como un gobernante que intenta ganar para Roma los beneficios del libre albedrío. Se queja de haber

recibido en herencia una carga de superstición e insensatez. “Gobierno a innumerables hombres, pero debo reconocer que soy gobernado por pájaros y truenos”.

Debido a los auspicios³ que regían no solamente la conducta individual sino el desarrollo normal de la vida del Estado, se entorpecían las actividades del senado como lo señala el diario apócrifo señala:

(...) tales prácticas vulneran y socavan el espíritu de los hombres, el verdadero sentido de la vida. Procuran a nuestros romanos, de barrenderos a Cónsules, una vaga sensación de confianza donde no la puede haber y al mismo tiempo de un terror penetrante que ni impulsa a la acción ni aguza el ingenio. QUITAN de sobre los hombros de los ciudadanos la responsabilidad irremisible de crear su propia Roma. A veces, a medianoche, intento concebir lo que ocurriría si acabase con todo esto. Si aboliera toda observancia de los días fastos y nefastos, todo estudio de las entrañas y vuelo de las aves, del trueno y del relámpago, si clausurase todos los templos, excepto los de Júpiter Capitolino ¿y por qué no los del mismo Júpiter?

El momento religioso de Roma al final de la República hizo ceder al ritualismo excesivo de las ceremonias romanas, ante las reacciones de una población creciente que había aumentado con elementos campesinos y extranjeros, además de que el papel de la mujer se había intensificado a causa de la duración de la guerra. Se hizo sentir la imperiosa necesidad de ritos y cultos nuevos, únicos capaces de restablecer la paz con los dioses que ya no se satisfacían con las ceremonias habituales. Se desarrolla, bajo la influencia del helenismo, una sensibilidad cósmica desconocida por la antigua Roma. Citemos otra vez a Raymond Bloch:

Los romanos, refractarios a la inspiración profética, eran, al contrario, muy sensibles a la gran cantidad de señales que los dioses les enviaban para manifestar su presencia y expresar su voluntad. Su literatura está llena de toda clase de relatos acerca de los presagios y prodigios que no cesaron de dar ritmo a los principales episodios de sus leyendas y de su historia. El conjunto de su religión, ha seguido las huellas de un espíritu práctico, organizador, ansioso de garantizar la vida del ciudadano y de la ciudad y de conservar el favor divino sin comprometer el desarrollo normal y necesario de toda actividad.

Hay en este ánimo reformador de las ceremonias religiosas una ruptura que debió ser profundamente fuerte en la mentalidad del romano de aquellos días. No solamente se trata de la modificación de los ritos, sino de la desaparición de un sistema adivinatorio anterior, de profundas marcas helénicas, fundado en los libros sibilinos y basado en la inspiración adivinatoria y la profecía. La religión romana, salvo este vestigio arcaico, carece de revelación y es sistemáticamente hostil a las profecías, Esto significa que la inspiración de un hombre por un dios, era considerada por el Estado como algo inusual, poco admisible y peligroso para la ciudad. Ello provocó la ausencia de templos oraculares dentro de Roma, pero no así en el resto de Italia.

Este distanciamiento con el “viejo estilo romano” determina la relación entre César y su estimado Catulo. Resuelto a borrar todo signo arcaico de las ceremonias César es odiado por el poeta, quien se muestra partidario de la tradición sibilina que ve desaparecer. No obstante en uno de los momentos más intensos de la novela, Catulo muere en brazos de Julio César. Una bellísima

³ El nombre de auspicios significa literalmente los signos dados por la observación de las aves, de sus vuelo y de sus gritos, sin embargo, se aplica también a diversos presagios visuales, relámpagos, truenos, así como al apetito de los polluelos sagrados. Cfr. Bloch, Raymond, *La adivinación en la antigüedad*, FCE, México, 1985.

imagen que hace pensar en una *Pieta* en la que la virgen madre y su hijo, han sido suplantados por un padre César y el entrañable poeta.

III

Catulo, el panorama de la vida entera o la epidemia del oficio del ocio forzoso.

La primera mención del poeta corresponde a una carta de Clodia en la que figura como invitado a la cena que se hará en honor a César. La segunda mención corresponde a Cicerón en la que éste se queja porque la poesía se ha vuelto una epidemia en la ciudad, producto del oficio del ocio forzoso. Es por tanto una mención despectiva que sigue la línea platónica del destierro de los poetas de la República de Platón. La tercera mención, de índole opuesta, es debida a Julio César y deja ver a un soberano, lector de Lucrecio, admirador de la poesía, en la que parece depositar una veneración superior a la mostrada a la religión. No está de más señalar que Lucrecio lleva al latín la visión cósmica de los epicúreos. El gran poema de Lucrecio pareciera sustentar la posición a lo largo de las meditaciones de Julio César en cuanto queda patente en ellas una visión física del cosmos: la formación o reunión de los elementos dispersos de todas las cosas, a través de una dinámica de atracciones y rechazos.

Leamos a Julio César:

Del diario epistolar de César a Lucio Mamilio Turrino (sobre la poesía de Catulo)

“Incluiré en el envío de esta semana un grupo de poemas. Las viejas obras maestras desaparecen, y otras nuevas las sustituyen bajo la protección de Apolo. Estos que ahora te mando pertenecen a un joven, Cayo Valerio Catulo, hijo de un antiguo conocido mío que vive cerca de Verona. Te extrañará saber que la mujer mencionada en los poemas bajo el nombre de Lesbia no es otra que Clodia Pulcher, a quien también tú y yo dedicamos algunos en nuestro tiempo. ¡Clodia Pulcher! ¿Por qué misterioso encadenamiento de circunstancias ha podido ocurrir que una mujer semejante, cuya vida no tiene ya sentido inteligible ni para ella misma, y que sólo vive para reflejar el caos de su alma sobre todo lo que la rodea, aliente ahora en el espíritu de un poeta como objeto de adoración y le inspire canciones tan radiantes? Te declaro con absoluta gravedad que una de las cosas que más envidio en este mundo es el don del que emana la suprema poesía. A mi juicio, los grandes poetas tienen el poder de abarcar, en una sola mirada, el panorama entero de la vida, armonizando lo que está dentro con lo que está fuera de ellos. Este Catulo bien podría ser uno de tales.

¿Habría, pues, que pensar que estos seres egregios están también sujetos a los engaños de que es víctima la humanidad inferior? Lo que ahora me inquieta no es el **odio** que por mí siente, sino el **amor** que siente por Clodia. No puedo creer que sólo su belleza lo atraiga ni que baste la belleza física para lograr tales triunfos en el orden del lenguaje y del pensamiento. ¿Será, acaso, que puede ver en ella perfecciones que a los demás se nos ocultan? (...)

De este modo se tiene noticia en el relato de la atracción que padece Catulo por Clodia, así como de los rechazos que sienten, Catulo por César, y éste por Clodia. Sin embargo, Catulo, dividido entre el deseo y el vacío, entre el amor y el odio, es definido por el dictador como un sujeto que podría ser uno de esos grandes poetas que “tienen el poder de abarcar, en una sola mirada, el panorama entero de la vida, armonizando lo que está dentro como lo que está afuera”.

Queda pues patente en la figura de este personaje la posibilidad de encarnar el límite que reúne y armoniza, en una sola mirada, lo que aparentemente está separado: la vida entera. Lo que está adentro y afuera.

Por su parte Julio César queda retratado como un hombre que dando un paso adelante de su tiempo, no se arredra contra la incompreensión y el mundo de intrigas y odios que despiertan sus acciones. Acostumbrado a inspirar odios, acepta que de los cuatro hombres a quienes más respeta en Roma, tres lo miran con mortal enemistad:

(sobre la enemistad que le profesan (a César) Catón, Bruto y Catulo)

“Ya desde la más temprana juventud descubrí que no necesitaba de la buena opinión de los otros hombres, ni siquiera de los mejores, para corroborarme en mis actos. Creo que únicamente existe una soledad que la del jefe militar o la del jefe de Estado, y es la soledad del poeta. (...)”

“(...) Catón no es educable. A Bruto lo he mandado a la Galia superior para que aprenda. Queda Octavio junto a mí, observando. ¿Pero por qué habría de odiarme Catulo? ¿Pueden los grandes poetas engendrar indignaciones con sentimientos adquiridos en sus textos escolares? ¿Es que serían estúpidos en todo, salvo en poesía? ¿Pueden configurar sus opiniones con el material recogido en las charlas de sobremesa del Club Emiliano de Ajedrez y Natación?”

“Confieso, querido amigo, que a mí mismo me asombra una debilidad que siento despertar en mi corazón, y que es demencia pura. ¡Oh, ser comprendido por una persona como Catulo y celebrado por él en versos que resistan al tiempo!”

Por otra parte hay en la novela un documento de corte histórico, que pertenece al libro de apuntes del “gran historiador y biógrafo” Cornelio Nepote, en el que se ofrece una relación de acontecimientos de la época, con datos recogidos de las más diversas fuentes. Aquí comparten espacio desde la anotación y comentario del posible traslado de la capital a Bizancio hasta la posibilidad de una campaña en la India. En este documento se menciona como fuente a la hermana de la cocinera segunda de Cornelio Nepote, que sirve en la casa de César e informa que ne se ha presentado por aquellos días ninguna crisis de la Enfermedad Sagrada del dictador. O bien una crónica sobre cualquier otro asunto de dimensión política o social ocurrido en el Senado o en la casa del Dictador. La información de estos documentos es fragmentada, escueta, simulando un mero apunte de una obra futura en el que prevalece un punto de vista histórico de los hechos. En este texto Cornelio Nepote dice del poeta Catulo:

“Nueva cena con Catulo en el Club Emiliano de Ajedrez y Natación. Compañía muy agradable, jóvenes aristócratas representantes de las familias más ilustres de Roma. Me apenó, al interrogarlos sobre sus antepasados, comprobar su ignorancia y - preciso es admitirlo también- su indiferencia.

Han elegido a Catulo como secretario honorario, según creo, en consideración llena de tacto a su pobreza. En esta forma se le proporciona un atrayente departamento sobre el río. Parece ser el consejero y el confidente de todos. Le confían las querellas que tienen con sus padres, con sus amantes y con sus usureros.

Pero la popularidad de Catulo en su círculo no se basa en la indulgencia que pudiera demostrarles, todo lo contrario: su severidad iguala a la severidad paterna Y aunque extremadamente licencioso en la conversación es poco menos que austero en su vida, e intenta inculcar también en ellos «el Viejo Estilo Romano». Cosa extraña. Da la impresión de haber elegido a sus mejores amigos entre los consocios menos cultos o, según los llama en sus mismas barbas, entre los bárbaros. Uno de los susodichos aseguró que no habla de literatura más que cuando está ebrio. Parece padecer cierta debilidad del hígado o de los intestinos. Su enredo amoroso con Clodia Pulcher constituye un motivo de asombro para todos. Investigar”

Este texto incorpora un testimonio que hace un retrato social del poeta. Se advierte que goza de la estimación de la aristocracia joven y de ciertos privilegios a pesar de ser pobre, es decir, a pesar de que está dentro de un círculo al que no pertenece. Este es un rasgo que con frecuencia comparten los personajes poetas en las obras de ficción modernas: el hecho de no pertenecer por entero al tiempo y al lugar en el que se desarrolla la historia.

Por otra parte Catulo parece estar inscrito en la tradición sibilina. Bloch señala que las sibilas eran profetisas griegas independientes un tanto mitológicas, y que, a la inversa de la Pitia, llevaban una vida errante que estaba adscrita al santuario delfico de Apolo, señor de la adivinación inspirada.

En este sentido es necesario mencionar la carta de Asinio Polión a Virgilio y Horacio en la que relata la cena ofrecida por Clodia a César. Resulta tentador relacionar el hecho de que Virgilio, destinatario de la carta, fija, como lo recuerda Bloch, la imagen de la Sibila de Cumas al comienzo del libro VI de la *Eneida*, en el momento de profetizar en un lenguaje sagrado y ambiguo el alto destino de Roma⁴.

En esta carta de Asinio Polión se puede seguir documentando la filiación oracular de Catulo. En la cena que la carta señala, César organiza un banquete de conversación al estilo griego. Y pone por tema la siguiente cuestión: si la poesía es el mero fruto de la actividad del hombre. o si, por el contrario, y como muchos sostienen, deriva directamente de la inspiración de los dioses. “Antes de empezar, dice, recitemos cada uno algunos versos que podamos recordar sobre el asunto”. Catulo recita lentamente la iniciación del poema de Lucrecio que comienza con una invocación a Venus. Después la carta relata los discursos de Clodia y de Catulo, omitiendo otras participaciones. Clodia, amada por Catulo, arremete contra los poetas ridiculizándolos con eficacia y crueldad, atribuyendo sus peligrosos desvaríos a la pereza y debilidad debidas a una infancia infeliz. Algo no muy lejano a la opinión de Cicerón que define la poesía como el oficio del ocio forzoso.

Por su parte Catulo responde con la *Alcestiada* que relata la determinación de una mujer que renuncia al matrimonio para dedicarse a servir en el oráculo de Delfos y conocer la naturaleza de los dioses. Tras algunas vicisitudes Alceste tiene que adivinar, para poder acceder al templo de Delfos, cuál de los cuatro hombres que la acompañan es Apolo, pero antes de poder Catulo terminar, el relato se interrumpe, se fractura, porque César cae inconsciente, víctima de un ataque de epilepsia. Catulo a través de la poesía conduce al emperador a la pérdida del sentido y a la experiencia de la enfermedad sagrada. ¿Epidemia o producto del ocio forzoso?

IV. Clodia, diosa engañada y mujer desengañada.

Clodia es la mujer más discutida de Roma. Versos de una desenfrenada obscenidad se dedican a su persona en las paredes y pisos de todos los baños y retretes de la ciudad. Refiere Cicerón en una carta la extensa sátira de la vida licenciosa de Clodia, en la que han participado diecisiete poetas. Sabemos por las pintas que ha sido amante de César y de su propio hermano. Por su parte César la llega a excusar en su diario epistolar así:

⁴ “Con tales palabras la Sibila de Cumas anuncia entre rugidos, desde el fondo de su antro, horribles misterios, en donde la verdad se cubre de sombras”.

“Otra excusa podría hallarse también no sólo para ella, sino para todas las mujeres de su generación cuyos desórdenes atraen en igual forma la atención pública. Nacieron en las grandes casas de la fortuna y del privilegio, y fueron educadas en esa atmósfera de sentimientos nobles y de moralización incesante que llamamos ahora «el viejo estilo romano». Sus madres fueron, en la mayoría de los casos, grandes mujeres, pero incapaces de transmitir las virtudes que en sí mismas cultivaron. El amor maternal, la opulencia y el orgullo de familia se confabularon para hacerlas hipócritas, y sus hijas crecieron en un mundo acolchado de muelles falsedades y de inevitables reticencias. La conversación del hogar se pobló de silencios demasiado pesados, de esos silencios que se hacen deliberadamente ante los temas que no se deben discutir. Sus hijas, las más inteligentes por lo menos, fueron descubriendo estas cosas a medida que se hacían mayores, entonces comprendieron que se les había mentido, y no tardaron en lanzarse a demostrar públicamente su liberación de toda hipocresía. La represión de la carne es amarga, pero la del espíritu es todavía peor. El pensamiento y los actos de quienes despiertan a la conciencia de haber sido engañados son penosos para ellos mismos y peligrosos para los demás. Clodia era la más inteligente, y por eso su conducta es ahora la más escandalosa. Todas esas jóvenes adquirieron o simularon la pasión de ser vistas en malas compañías, y la ostentación de la vulgaridad ha llegado a convertirse en un factor político con el que debo entendérmelas. La plebe en sí es susceptible de mejoramiento, ¿pero qué puedo hacer yo con una aristocracia plebeya?

Hasta las jóvenes de conducta irreprochable -la hermana de Clodia, por ejemplo, o mi propia mujer- acusan el resentimiento de su despertar frente al engaño. Se las educó en el principio de que las virtudes domésticas son en sí mismas evidentes y universales, y se las despojó del conocimiento que más atrae a las mentes juveniles: que el logro supremo de la vida reside en el ejercicio de la libre elección.

“(…) las Clodias de este mundo, bajo un sistema de reparto semejante, nunca reciben lo suficiente.

Las envenena el resentimiento contra ese Dispensador avaro que les ha dado solamente belleza, salud, fortuna, abolengo e inteligencia, reservándose un millón de dádivas: en especial el don de una felicidad perfecta para cada instante de cada día. No hay rapacidad comparable a la rapacidad de los privilegiados, que creen que sus ventajas les han sido conferidas por una inteligencia superior, ni amargura semejante a la de los desamparados, que se sienten específicamente omitidos.

¡Oh amigo mío, amigo mío! ¿Qué mejor cosa puedo hacer por Roma que restituir los pájaros al mundo de los pájaros, el trueno al de los fenómenos atmosféricos y los Dioses al de los recuerdos infantiles?”

De esta manera la musa de Catulo, la fuente de su poesía, es también una mujer que se encuentra en el vórtice de la descomposición social de la República Romana. Como musa es la salvaguarda de la poesía de Catulo, pero como mujer concreta representa, al mismo tiempo, el rompimiento con el antiguamente armónico reino de la poesía. Hay que recordar que Lucrecio, el poeta arquetípico de la Roma de la época, hace la invocación inicial a Venus, madre de los Romanos, que representa el orden del amor y la armonía. En tanto que los días que atraviesan la novela están regidos por Marte, según el mismo Lucrecio. Es decir, volvemos a encontrar al poeta como un personaje dividido, en un orden en el que no encuentra su lugar:

De Catulo a Clodia (14 de septiembre.)

No quiero saltar ninguna etapa en el aprendizaje de este mundo como lugar de sombras y de espanto. La puerta que me cerraste en Capua tenía escrito un mensaje para mí. Tú y tu César me habéis enseñado mucho. Tú, que el amor y la belleza formal son mentira, él, que en los más remotos confines a donde alcanza el pensamiento sólo se encuentra la sensualidad y el egoísmo.

He sabido siempre que te estabas ahogando. Así me lo dijiste. Tus brazos y tu rostro se debaten aún sobre la superficie del agua. Pero yo no puedo hundirme contigo. La misma puerta que cerraste fue un llamado supremo: porque el de la crueldad es el único grito que te ha sido dado articular.

No puedo hundirme contigo, porque me queda una misión por cumplir. Todavía he de ultrajar a este mundo que nos ultraja creando una obra de belleza. Lo haré, pues, y cuando lo haya hecho pondré fin a esta prolongada crucifixión del espíritu.

Claudilla, Claudilla, te estás ahogando. ¡Ay, no poder ser sordo! ¡No poder ignorar tu agonía y los gritos de tu agonía!

Catulo está atrás de una puerta fuera de su mundo prometido y se rehusa a saltar cualquier aprendizaje que lo lleve a tomar como un mandato supremo la crueldad de un mundo de sombras y de espanto. Es el mensaje que Clodia ha puesto para él en la puerta cerrada. Una puerta que antes podía atravesar.

Por otra parte, Julio Cesar, Cornelio Nepote, Cicerón y el mismo poeta han mencionado a Clodia. ¿Quién es ella? César por ejemplo se preocupa más del amor de Catulo por ella, que por la enemistad que le dispensa el poeta. Por su parte el historiador Cornelio Nepote considera que es necesario investigar el amor del poeta, que a todos llama la atención. Cicerón hace escarnio de su vida disipada. Catulo en cambio la culpa de haberle cerrado la puerta que le permitiría aspirar a una antigua armonía, que sabe fatalmente perdida. El poeta escribe:

«Odio y amo. Quizá preguntes cómo es esto posible.
No lo sé. Pero así lo siento y es mi cruz.»

Leamos ahora una carta de Clodia a Catulo, que agudiza el contacto entre un orden que en el pasado ha sido armónico y en los días que recorren la novela se presenta como un orden caótico, de sombras y de espanto.

De Clodia a Catulo.

Hombrecito:

Sí. Es verdad. Todo es verdad. ¿Cómo podría no ser cruel contigo? Sopórtalo, súpelo, pero no me abandones. Te lo diré todo: es mi último recurso. Prepárate para este nuevo horror. Mi tío me violó cuando tenía doce años. ¿Sobre qué, sobre quién descargar mi venganza? ¿Que cómo ocurrió? En un huerto, al mediodía. Bajo un sol ardiente. Ahora ya te lo he dicho todo. Nadie puede ayudarme, ni pido ayuda. Pido compañía en el odio. Lo que no puedo tolerar en ti es que no odies bastante .

Ven a mí. Ven a mí, hombrecito.

Pero ¿qué más podría decirte?

Ven.

Hasta aquí se ha tratado de aportar una serie de textos que nos permiten ubicar al poeta entre dos órdenes hostiles: el de Clodia y el de César. Esto puede leerse de algún modo como el choque del poeta con la poesía (Clodia) y con las acciones transformadores del soberano (César). El choque para Catulo con ambos mundos resulta inevitable, ha de acudir al llamado de la época como a un mandato supremo. Ama a Clodia y odia a César, aun a su pesar. De este contacto han de producirse circunstancias infaustas para el poeta que de algún modo, por vía de la paradoja, restituirán la dimensión humana de César y la dimensión divina de Clodia. Veamos esto a través de dos documentos que abordan la muerte de Catulo. Primero leamos la carta de César en la que se restituye la figura de Clodia al orden de la poesía:

“¡Clodia! Mientras asisto a esta escena valoro cada vez con más claridad su grandeza frustrada. ¡Oh! Muchas leyes obran en el universo, cuyo alcance apenas podemos calcular. ¡Cuántas veces no hemos visto que una grandeza excelsa dejaba en pos de sí un reguero de daños o que la perversidad engendraba la virtud!

Clodia no es una mujer vulgar, y su **choque** con Catulo ha encendido poemas no vulgares. De cerca, las cosas nos parecen buenas o malas pero lo que aprovecha al mundo no es su maldad o su excelencia, sino su intensidad. Hay en esto una ley que se nos oculta, porque nunca vivimos lo bastante para ver más de dos eslabones en la cadena. De ahí la única pesadumbre que puede inspirarnos la fugacidad de la vida”.

César muestra en la carta su filiación lucreciana al afirmar que muchas leyes obran en el universo. Leyes gobernadas por un principio de atracción y rechazo, en las que las cosas surgen a través del choque de los átomos que se desvían de su caída vertical. Como el choque de Clodia y Catulo que han “encendido poemas no vulgares”. La intensidad como una ley que se nos oculta porque no podemos ver la cadena de sucesos completa. Atracción, rechazo, choque y surgimiento de algo nuevo parecen ser las leyes que se verifican particularmente en el personaje de Catulo.

La muerte del poeta, como muchos otros acontecimientos, es relatado en diferentes documentos. Destaca una carta, de Alina, señora aristocrática, esposa del historiador Cornelio Nepote, en la que se cuenta la muerte de Catulo, y donde se hace el relato de la escena desde su punto de vista. En esa carta vemos a Catulo morir mientras César le murmura al oído los versos del *Edipo en Colona* de Sófocles. La escena adquiere una densidad poética que podríamos llamar involuntaria por parte del personaje femenino que escribe la carta. Involuntaria en tanto que el carácter poético del relato se da por mediación: el carácter poético de la carta procede, significativamente, de lo que el historiador, su esposo, le ha contado a Alina, quien a pesar de la puerilidad de sus opiniones conservadoras, logra acercar al lector, lo que ella no pudo ver, ni oír, y lo que su esposo habiendo visto, sólo puede adivinar. ¿Se trata de la paradoja a la que se ha constreñido el historiador ante las imprevisibles variables en la interpretación de los hechos? Citaremos el pasaje *in extenso*.

XLIX. De Alina, esposa de Cornelio Nepote, a su hermana Postumia, esposa de Publio Cecinio, de Verona

Ya habrás leído las cartas que sobre este desgraciado asunto enviamos, por intermedio del correo del Dictador, tanto a ti como a la familia del poeta. Añado aquí unos pocos pormenores para ti sola. Mi esposo está tan afligido como si hubiera perdido un hijo.

También yo quería mucho a Cayo (Catulo), lo quería desde aquellos lejanos tiempos de nuestra infancia en que jugábamos todos juntos. Pero el afecto no debe cegarnos -a ti puedo decírtelo francamente- para la deplorable lección que nos deja esta vida descarriada. Nunca me gustaron sus amigos, no me gustaba, por supuesto, esa mujer perversa, no me gustaban los versos que escribió en estos años últimos y no me gustará jamás, ni podré alabar nunca al Dictador, que ha estado entrando y saliendo de nuestro hogar en estos días como si fuese un viejo amigo de la casa.

A menudo le habíamos pedido a Cayo que se quedara con nosotros, pero ya conoces su violento sentido de independencia. Por eso cuando se apareció una mañana en la puerta, seguido por el viejo Fusco, que traía su cama, y nos pidió permiso para alojarse en la casilla del jardín, supe que estaba verdaderamente enfermo. Mi marido informó en seguida al Dictador de su traslado, y César le envió inmediatamente a su médico, un griego llamado Sóstenes, que es el joven asno más vanidoso que he conocido. No vacilo en afirmar que yo soy también un médico excelente. Paréceme éste un don que los Dioses Inmortales conceden a las madres. Pero el tal Sóstenes rechazó, uno tras otro, todos los remedios que desde tiempo inmemorial han probado su eficacia. En fin, ésta es otra historia, y bastante larga por cierto.

Volviendo al tema, debo decirte, Postumia, que no existe la más ligera duda de que esa mujer fue la causa de su muerte. Después de haberlo paseado durante tres años por las galerías del infierno, de pronto se puso toda mieles, y

fue así como lo mató. Por aquí no se presentó nunca en persona, aunque diariamente, y hasta dos veces por día, llegaban de su parte cartas, platos escogidos –¡y qué platos! –, manuscritos griegos y mensajes solicitando informes. Todo esto hacía a Cayo muy feliz, pero hay diversas clases de felicidad, y la suya era esa perpleja felicidad inconsistente que, según presumo, han de sentir los maridos engañados cuando sus mujeres les de muestran de pronto un excesivo cariño.

A medida que pasaban los días sin que ella apareciera, todos pudimos ver que iba abandonando toda esperanza de salvación y se dejaba morir poco a poco. Hacia las tres de la tarde del día vigésimo séptimo, su siervo Fusco, llegó a casa a toda carrera. Díjonos que su amo estaba delirando y que se disponía a vestirse para asistir a la recepción de la Reina de Egipto. Me precipité a la casilla del jardín, y allí lo encontré desmayado en el suelo, sobre un gran charco de bilis. Mi marido envió de inmediato por Sóstenes, quien no tardó en llegar, y estuvo a su cabecera hasta su muerte; ocurrida una hora antes del amanecer. **A mí no se me permitió entrar en la habitación del enfermo**⁵, pero a eso de las diez se presentó el Dictador mismo, ataviado espléndidamente, como que debió escapar así de la recepción de la Reina, que se efectuaba a esa misma hora a menos de una milla. Toda la noche estuvimos oyendo sus orquestas y viendo en el cielo el resplandor de sus fuegos de artificio. Oí a Fusco contarle a mi esposo que cuando el Dictador entró en la habitación, Cayo, incorporándose sobre un codo, le gritó furiosamente que se fuese, llamándolo «ladrón de libertades», «monstruo de codicia». «asesino de la República» y muchas otras cosas, por cierto absolutamente merecidas. Cornelio se les reunió poco después, tras haber andado de aquí para allá en busca de nuestro viejo mechero para los bálsamos. **Por él me enteré**⁶ de que César recibió toda aquella andanada en silencio, si bien blanco como un fantasma. **Probablemente había transcurrido mucho tiempo desde que lo arrojaron por última vez de alguna parte, a pesar de lo cual obedeció**⁷.

Volvió, pasada apenas la medianoche, luego de cambiar sus ropas de gala. Cayo dormía en aquel momento, y cuando despertó parecía reconciliado con su visitante. Dice mi marido que hasta le sonrió y le dijo: « ¡Cómo! ¿Te has quitado las orlas, Gran César?»

Ahora bien, como sabes, Cornelio tiene veneración por ese hombre (por regla general hemos convenido en no discutirlo en casa) y afirma que estuvo maravilloso todo el resto de la noche, maravilloso en sus respuestas y en sus silencios, ya que, según explica, ha velado más veces que nadie a la cabecera de los moribundos. Conocerás sin duda todas las historias que corren de cuando estaba en la Galia y los soldados se resistían a morir hasta que su general hubiese realizado la ronda nocturna. ¡Ah!, debo confesarte, Postumia, que - aun sabiendo lo funesto que es como gobernante- hay algo imponente y natural a un tiempo en su presencia.

Dice mi marido que él se había quedado con Sóstenes en "un rincón del cuarto y **podía oír muy poco**⁸ de lo que los otros dos conversaban. Parece que **en un momento dado**⁹ nuestro amigo, con el rostro bañado en lágrimas; casi se arrojó del lecho, gritando que había malgastado su vida y su inspiración por los favores de una prostituta. Yo no habría sabido qué contestar a una cosa semejante, pero el Dictador supo, por lo visto. Bajó un poco más la voz, **y mi marido pudo adivinar que estaba alabando a Clodia Pulcher como si se hubiera tratado de una Diosa**¹⁰. Cayo no sentía ningún dolor, pero se debilitaba más y más. Estaba tendido, con los ojos clavados en el techo, escuchando las palabras de César. De tiempo en tiempo quedaba éste silencioso, y cuando tales silencios se prolongaban demasiado, tocaba el enfermo con los dedos la muñeca de su visitante, como animándolo a proseguir ¡y todo lo que César estaba haciendo era hablar sobre Sófocles! Catulo murió en uno de los coros del Edipo en Colona.

César colocó las monedas sobre sus párpados, abrazó a mi esposo y al desdichado médico y volvió a su casa sin guardias bajo las primeras luces de la aurora. **Tal vez desees transmitir alguna de estas opiniones a los padres de nuestro amigo, aunque en mi opinión sólo conseguirías con ello afligirlos más**¹¹.

⁵ Alina está fuera de la escena.

⁶ Aquí se altera el relato, al introducirse lo que es narrado por mediación de otro personaje. En esta medida parece reproducirse en el texto condiciones semejantes a la adivinación inspirada de la tradición sibilina, en la que Otro habla a través de quien habla. La señora ha sido impedida de ingresar a la habitación, pero es ella quien logra narrar al lector las indefinidas circunstancias, pero profundamente sugerentes, del episodio de la muerte del poeta.

⁷ César es restituido a la dimensión humana al ser echado de la habitación.

⁸ El relato se enrarece aún más, el narrador que ha contado la escena a la narradora puede oír sólo un poco. No sabremos bien a bien qué se dijo. Como en la tradición sibilina.

⁹ En el instante poético que desencadenará la intensidad poética del texto

¹⁰ Cornelio Nepote se ve orillado a adivinar que Clodia ha sido restituida al orden sagrado de la poesía.

¹¹ La carta pierde la mediación de un narrador indefinido y retorna a las pueriles opiniones de la señora.

12

Yo no me sentiría poco responsable si alguno de mis hijos sucumbiera a un amor como el que aquí hemos presenciado. Creo poder afirmar que todo pudo evitarse mediante una buena educación.

(La carta prosigue con una serie de argumentos acerca de la venta de ciertos bienes raíces.)